

Círculo Rojo

Te espero esta noche

Te espero esta noche

Alicia Ortega

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: octubre 2023

Depósito legal: AL 2374-2023

ISBN: 978-84-1199-038-7
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Este libro es para el niño vampiro Gael, para la brujita Delia y para el hombre lobo José Ignacio, que cada día me hacen soñar y volar sobre los edificios de la ciudad. Y para Angela Sommer-Bodenburg, por llenar mi cabeza de vampiros.

1. La chica de la ventana

—¿Qué has hecho hoy? —Las conversaciones empezaban a ser monótonas.

Hacía ya un par de años que eran amigos. Leo había crecido en esos dos años. Odile no. Es lo que pasa cuando eres una adolescente vampiro, que sigues siéndolo pasen los siglos que pasen.

Leo acababa de cumplir doce años cuando se conocieron, y justo ahora había alcanzado la edad que Odile tenía cuando se convirtió en vampiro: catorce años… o eso cree, hace tanto tiempo que hay cosas que le cuesta recordar, y su edad no es ya tan importante para ella como para acordarse. Hace más de doscientos años que no celebra su cumpleaños, pero sí celebra su aniversario como vampiro: ¡el mes pasado hizo su 207.º aniversario! Leo le regaló un cepillo para el pelo, ya que no soportaba seguir viéndola con la melena llena de nudos, y se fueron a la playa a ver las olas romper a pocos metros de ellos. Odile incluso consiguió una botella de zumo de manzana sin abrir que habían tirado a la basura junto al supermercado más cercano al cementerio. Le pareció que no estaba en mal estado, así que se la llevó para invitar a su amigo a un refresco en la playa. A Leo ya no le importaba ser el único que comía y bebía en sus reuniones. «Mejor así —pensaba—. Si alguna vez veo a Odile comer, creo que no podré seguir siendo su amigo».

Tras un rato escuchando a su amigo contándole historias del instituto que, francamente, no le interesaban mucho, Odile se despidió y decidió ir a buscar algo que comer. Se colocó sobre el alféizar de la ventana de la habitación de Leo, levantó los brazos bajo su capa de vampiro… y salió volando. Leo suspiró, consciente de que había aburrido a su amiga, y se metió en la cama.

Odile tomó un tentempié, lo que fue más fácil y rápido que otras veces, así que pronto se encontró sin nada que hacer hasta que llegara la hora de la salida del sol y de que ella se metiera en su ataúd hasta la noche siguiente. Tras mucho pensar, tomó la decisión de sobrevolar la parte nueva de la ciudad, ya que nunca había estado por allí. Vio los edificios nuevos, limpios aún de la contaminación de los coches; los parques con pequeños árboles que aún tardarían años en dar buena sombra; las carreteras con sus líneas recién marcadas… aunque prefería los edificios antiguos, los que se construyeron cuando ella aún «vivía», esta vez tenía ganas de ver algo nuevo, de experimentar nuevas sensaciones… quizás de conocer a alguien. Y entonces la vio. En el tercer piso, sentada junto a la ventana de su habitación, una chica morena miraba al cielo con aire melancólico.

¿Debía atreverse a acercarse y hablar con ella? Su único amigo humano en doscientos años había sido Leo, ella sabía lo peligroso que era hablar con los humanos, y no debía arriesgarse a que la chica gritara y todo el edificio se enterara de que un vampiro andaba merodeando por la zona. Pero algo en ella hizo que Odile no pudiera evitar acercarse cada vez más a su ventana, lentamente, intentando no asustarla. La chica de la ventana por fin la vio. Al principio, parecía no comprender bien lo que estaba viendo: entornó los ojos para ver mejor en la noche y, cuando no tuvo duda de que lo que se acercaba a su ventana era una persona volando, dio un respingo. Pero no gritó. No salió corriendo. Abrió la ventana y la dejó pasar.

—Hola —dijo tímidamente Odile.

—H… ¿hola? —contestó la chica, insegura pero perdiendo poco a poco el miedo. Odile se presentó.

—Me llamo Odile. Como habrás podido deducir, soy una chica vampiro. Pero no vengo a hacerte daño, te vi aquí sentada y me pareció que necesitabas compañía.

—Yo soy Olivia. Soy… una chica normal —dijo, sin saber bien cómo debía presentarse.

—¡Oh! Olivia, qué nombre más bonito. Nunca había conocido a una chica cuyo nombre también empezara con O, como el mío. Bueno, no es cierto, conocí una vez a una Olga, pero no nos llevamos muy bien. Perdona, estoy hablando mucho… es que estoy un poco nerviosa. —Olivia sonrió y se tranquilizó. Pensó: «Si esta vampira está nerviosa solo por hablar conmigo, no debe ser mala».

Pronto estaban ambas haciendo bromas como si se conocieran desde hace años.

—¿De verdad entraste por la puerta principal, como si nada? —Se reía Olivia.

—¡Y me invitaron a merendar! ¡Yo no sabía ya cómo escaparme! ¡Solo iba a darle un mordisquito a la abuela y me sacaron un plato con magdalenas!

Olivia se partía de risa, intentando no hacer mucho ruido para que sus padres no se despertaran. La verdad es que Odile había llegado a su vida en un momento en que necesitaba alguien con quien hablar y compartir confidencias. Llevaba meses sintiéndose sola, desubicada… diferente. Y no sabía por qué.

Había empezado el instituto ese año, y tenía la suerte de haber coincidido en clase con dos de sus amigas del colegio. Entre las tres habían ido agregando a más chicos y chicas al grupo, y habían formado una pandilla muy unida, pero ella sentía que cada vez encajaba menos con los demás, a pesar de que, en teoría, tenían los mismos intereses. Jugaban juntos a videojuegos (a veces que-

daban en casa de alguno de ellos, o a veces se reunían *online*, cada uno desde su casa), salían al parque a comer pipas, o iban todos juntos a ver los partidos de baloncesto de Eli y Sara, que eran las deportistas del grupo. Y, sí, todo esto era divertido, pero Olivia se encontraba cada vez más desconectada en las conversaciones, con la cabeza perdida en mil ideas que ni ella misma entendía.

Odile le pidió permiso para visitarla a menudo, y ella aceptó encantada. Con Odile, parecía que el tiempo pasaba a la carrera, cada noche que se veían podían estar dos o tres horas hablando, y parecía que habían pasado cinco minutos.

Las visitas a Olivia empezaron a notarse en casa de Leo. El chico se dio cuenta de que Odile no iba a verle tan a menudo, y comenzó a preocuparse por si la vampira se había aburrido de él y no quería seguir siendo su amiga. Sí, es cierto que últimamente sus encuentros no eran tan divertidos, pero Odile seguía siendo una de las «personas» más importantes de su vida, y no quería perderla.

—Odile… te aburres conmigo, ¿no? —se atrevió, por fin, a preguntarle Leo una noche.

—¡Claro que no! ¿Por qué dices eso?

—Antes venías casi todas las noches, y hace ya un mes que no te veo más de tres o cuatro veces por semana. Y no pasa nada, lo entiendo, los humanos no somos tan divertidos como vosotros los vampiros.

—¡Olivia y tú sí sois divertidos! —dijo Odile e, inmediatamente, se arrepintió de haber abierto la boca.

—¿Olivia? ¿Quién es Olivia?

—Bueno… es que hace un tiempo que tengo otra amiga humana… se llama Olivia, es más o menos de tu edad… ¡a lo mejor os conocéis! —Los nervios hacían a Odile decir algunas cosas sin mucho sentido, es un problema que siempre había tenido.

—¿A lo mejor nos conocemos? ¡¿A lo mejor nos conocemos?! ¡Claro, porque todos los humanos debemos conocernos! ¡Es lo más racista que he oído en mucho tiempo!

Leo estaba cada vez más enfadado. Por algún motivo, el verdadero motivo de la ausencia de su amiga le molestaba más que si simplemente se hubiera cansado de él. Ahora ya no era el único chico humano amigo de la vampira, y ella pronto empezaría a compararles, se daría cuenta de que Leo no era tan interesante; además, su nueva amiga era una chica, y todo el mundo decía que las chicas se llevan mejor entre ellas y son más amigas; y Odile seguro que no tenía tiempo para los dos; y…

—Lo siento, no quería decir eso. Mira, ¿por qué no vienes una noche conmigo a su casa y os presento?

—No, gracias. No tengo ningún interés en conocer a tu amiga. Mejor vete con ella, tengo todavía deberes que hacer.

La vampira no discutió. Pensó que era mejor dejar a Leo que se calmara y se le pasara el enfado antes de volver a verle.

—Vengo mañana, ¿vale?

—Haz lo que quieras.

Y Odile salió volando, con un nudo en el estómago por lo mal que había dejado a su amigo.

La noche siguiente, cuando Odile llegó a la ventana de Leo, se la encontró cerrada y la luz apagada. Miró dentro por si Leo estaba acostado, pero vio la cama hecha y la habitación vacía. Con cuidado, se asomó a la ventana del salón, y allí estaba Leo, en el sofá con sus padres viendo la televisión. Le pareció que Leo miraba de reojo a la ventana, pero tenía tal cara de concentración en lo que estaba viendo en la tele que Odile se convenció de que habían sido imaginaciones suyas, y se fue volando.

Después de sobrevolar casi toda la ciudad pensando qué podría hacer para que Leo le perdonara, se le ocurrió algo: «Ahora

tengo otra amiga, y se supone que las amigas están para ayudarse, ¿no?», se dijo, y puso rumbo a casa de Olivia.

—¡Tienes que ayudarme, por favor! —con esta forma de saludo, Odile entró por la ventana en la habitación de Olivia. Lo cierto es que la chica estaba esperándola desde hacía una hora, porque también tenía un problema que esperaba que su amiga le ayudara a resolver, pero vio que no era el mejor momento para añadir más problemas en la cabecita de esa vampira, así que decidió callarse y escuchar.

—¿Qué ha pasado? Cuéntame todo. —Y Odile le explicó detalladamente todos los acontecimientos de las últimas horas. Por suerte, sí había tenido el cuidado de hablar a Olivia de Leo desde el día que se conocieron, por lo que pudo evitar otro ataque de celos que, sinceramente, no sabía si sus nervios podrían aguantar.

—Ya veo. Siento que estés teniendo problemas por mi culpa.

—¿Qué dices? Esto no es culpa tuya, es totalmente culpa mía por no haber sido sincera con Leo y hablarle de ti desde el principio. Pero ya está hecho, así que… ¿qué puedo hacer ahora?

Olivia no se consideraba la persona más adecuada para dar consejos, pero hizo lo que pudo por ayudar a su amiga y, entre las dos, idearon una noche de actividades para recuperar la amistad de Leo: Odile le recogería en su habitación, le llevaría volando hasta el bosque más cercano a la ciudad, donde habría preparado una fogata, y allí asaría unas hamburguesas, la comida preferida del chico. Olivia se ofreció a comprar la comida y algo de beber para él, pero Odile pensó que era mejor hacerlo ella. Después de comer, irían de nuevo volando (Odile era muy fuerte, pero esperaba que su amigo apreciara también el esfuerzo de llevarle en brazos volando de un lado a otro, y así estuviera más dispuesto a perdonarla) a la ciudad, hasta las ruinas del anfiteatro romano, donde a menudo se celebraban conciertos de *rock*. Así podrían ver el concierto desde un punto estratégico, sin tener que pagar entrada. Por último, le llevaría volando a casa y jugarían al *Mo-*

nopoly, que era el juego preferido de Leo, y al que no solían jugar a menudo porque ella no lo entendía muy bien. Odile sabía que Leo se daría cuenta de que lo hacía por hacerle feliz, y esto ayudaría a que la perdonara antes. ¡Era un plan perfecto!

2. Aquella noche

Tres días después, llegó el momento de poner su plan en marcha: Odile había visto carteles por la ciudad que anunciaban el concierto de uno de los grupos preferidos de Leo para esa noche. Al despertarse ese atardecer, se cepilló el pelo como no había hecho en años, se colocó la capa de forma que tapara la mayoría de los agujeros de su ropa, y se dirigió al supermercado.

Siempre que se encontraba una moneda por el suelo, Odile la guardaba, y en los últimos años había conseguido juntar un botín más que importante. Se decía a sí misma que le podría venir bien en algún momento, y esta noche había llegado ese momento. Delante de la entrada del supermercado, Odile estuvo a punto de echar a correr. Todos sus miedos pasaron por su cabeza a toda velocidad. Imágenes de masas enfurecidas con estacas y antorchas (no sabía por qué, si hoy en día nadie usaba antorchas, pero en su cabeza, los humanos la atacarían llevando antorchas) corriendo hacia ella dispuestos a acabar con la vampira de la ciudad. Pero recordó a su amigo y, por él, decidió seguir adelante.

En el supermercado, empezó a deambular sin saber muy bien qué hacer. Todo estaba lleno de luces estridentes, carteles con letras muy grandes, música… las estanterías estaban llenas de miles de productos diferentes, por los pasillos había personas empujando carritos a toda velocidad (o eso le parecía a ella) y, en definiti-

va, el ambiente estaba lleno de estímulos que le sorprendían y le estaban empezando a causar un gran dolor de cabeza.

Después de un rato recorriendo los pasillos, por fin encontró el frigorífico de la carne, donde pudo ver los paquetes de pollo envasado, de filetes de ternera, de chorizos… la verdad es que, salvo la morcilla y algunas carnes que tenían en el paquete algunos restos de sangre, el resto le estaba revolviendo el estómago. Hacía ya muchos, muchos años que Odile no comía nada así, ningún plato que tuviera que masticar y digerir.

La última vez fue poco después de convertirse en vampiro. Al transformarse en niña vampiro, hubo muchas cosas que cambiaron en su día a día y que nadie le explicó. Quizás ahora podría haberse informado mejor, con muchos de los libros y películas que hay sobre vampiros aunque, claro, estos están escritos por humanos que, en muchas ocasiones, no han tenido ningún contacto con los vampiros, así que no son muy fiables. Si ella pudiera, escribiría un libro llamado *Te has convertido en vampiro. Y ahora, ¿qué?*, para ayudar a otros como ella.

Así que, tras su transformación, siguió comiendo como antes, pero descubrió que cada vez que comía se encontraba peor. Después de unos días, se dio cuenta de que, tras cada comida tenía un tremendo dolor de barriga, y las ganas de sangre eran cada vez mayores (algo que le desconcertó bastante al principio). A Odile no le gustaba recordar las primeras veces que tomó sangre, porque la verdad es que fue todo bastante desastroso, pero sí recordaba que, poco a poco, empezó a sentirse mejor, y fue dejando la comida. Leyendo distintos libros sobre biología que iba encontrando en bibliotecas (una de sus actividades preferidas era colarse en las bibliotecas por las noches y pasar horas acurrucada junto a una estantería, leyendo todo lo que pillaba), descubrió que el cuerpo humano no es tan distinto de las plantas y que, aunque no hacemos la fotosíntesis, también necesitamos la luz solar para poder digerir la comida.

Por eso, pensó ella, lo que necesitaba era sangre, que ya tenía los nutrientes digeridos y procesados.

Recordando todo esto estaba Odile mientras miraba un paquete de hamburguesas que tenía en la mano, cuando un carrito chocó contra su tobillo y el dolor la sacó de su ensimismamiento. Automáticamente, sin darse cuenta, miró a la señora que lo iba conduciendo y le gruñó, enseñando sus afilados colmillos y poniendo una mueca terrorífica. La señora se quedó petrificada por un momento hasta que, lentamente, cogió un paquete de muslos de pollo, y se alejó sin dejar de mirar a Odile hasta que estuvo a una buena distancia.

Por fin, Odile se decidió por unas hamburguesas que no eran muy caras ni muy baratas, compró también pan y unos refrescos, y se dirigió a la caja. Allí, para evitar problemas, decidió mirar hacia el suelo todo el rato. Cuando el cajero le dijo el precio, le dio todas las monedas, cogió la compra y salió corriendo mientras oía cómo él le gritaba:

—¡Niña! ¡Las vueltas!

Cuando estuvo bastante lejos y no vio a nadie alrededor, elevó el vuelo y se dirigió al campo junto a las ruinas del anfiteatro, donde iba a preparar la barbacoa. Pero entonces se dio cuenta: ¡la barbacoa! ¿Cómo iba a encender el fuego? Quizá en el supermercado podría encontrar cerillas, pero no le apetecía nada volver a pasar por esa experiencia. Lo mejor sería ir un momento a casa de Olivia y pedirle algo para hacer fuego. Así que cambió el rumbo y fue volando hasta la ventana de Olivia.

Al llegar, se asomó a la ventana y descubrió que su amiga estaba echada en la cama, llorando. Llamó con unos toquecitos en el cristal.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Odile, muy preocupada.

—La verdad… no lo sé. Y me da vergüenza contártelo… además, ¿tú no deberías estar salvando tu amistad?

—Hay tiempo de sobra, por favor, cuéntame lo que te pasa, a lo mejor te puedo ayudar.

Olivia dudaba pero, finalmente, decidió abrirse a su amiga.

—Es que creo que… bueno, que a lo mejor soy… bueno, no sé qué soy ni qué no soy… en fin, creo que me gusta una chica.

Odile no dijo nada. Se sentó junto a ella al borde de la cama, y esperó a que siguiera hablando.

—Quiero decir que me gusta, me gusta. O sea, no es que quiera que sea mi amiga. Que me atrae, vaya.

—Lo he entendido, no te preocupes. ¿Quieres hablarme de ella?

—Se llama Valeria. Es una compañera de baloncesto de mis amigas, y a veces viene con nosotros a tomar algo después de los partidos. Es muy alta, tiene el pelo largo y se lo alisa siempre, pero cuando llueve o hay mucha humedad, se le ondula, y se le hacen unos tirabuzones preciosos… aunque creo que eso a ella no le gusta, no sé por qué, porque le sientan muy bien. Bueno, es una chica muy divertida, siempre está riéndose y haciendo bromas, pero sin meterse con nadie. Las bromas de mis amigos siempre son a costa de otros, y cada vez me hacen menos gracia. Pero Valeria… no sé, Valeria es diferente.

»Y no sé lo que siento, de verdad. A veces estoy bastante segura de que me gusta, pero otras… es muy complicado, y no quiero equivocarme y decir que soy lesbiana cuando a lo mejor es una tontería mía. Seguro que luego me arrepiento y me da hasta asco besar a una chica.

—¿Nunca has besado a una chica?

—No… bueno, ni a una chica ni a un chico.

—Y… ¿te apetecería probar? —Odile puso una sonrisa picarona y se sentó un poco más cerca de ella. La tomó de la mano y, mirándola a los ojos, fue acercándose poco a poco hasta que sus labios estuvieron a pocos centímetros de los de la chica—… ¿Puedo? —le dijo muy suavemente. Olivia asintió levemente, fas-

cinada por lo que sabía que iba a pasar, y Odile acercó sus labios salvando la escasa distancia que quedaba entre ellas hasta que se tocaron y se perdieron en un beso que comenzó tímidamente, pero siguió de forma más apasionada hasta que, tras un par de minutos, se volvieron a separar.

Odile dejó que su amiga recuperara el aliento y pusiera en orden sus pensamientos. Por fin, le preguntó—. ¿Y?

—Bueno… creo que me han quedado claras dos… no, tres cosas. La primera, que sí que me gustan las chicas. La segunda, que besas muy bien.

—¿Y la tercera?

—La tercera… que prefiero que sigamos siendo amigas.

Las dos se rieron a carcajadas, como no habían hecho desde que empezó la noche.

Media hora después, Olivia dormía profundamente, descansando por fin por primera vez en mucho tiempo, ya que había conseguido aclarar un poco su cabeza y sus sentimientos. Mientras, Odile volaba de camino a casa de Leo, tras haber charlado un poco más con su amiga, haberse despedido de ella… y haber regresado de nuevo porque se le había olvidado pedirle las cerillas. Ni Olivia ni sus padres tenían cerillas en casa, pero encontró un mechero de publicidad de una compañía eléctrica, comprobó que aún tenía gas, y se lo dio a la vampira.

A Odile le sorprendió un poco descubrir que Leo le estaba esperando en su habitación. Aunque vio que seguía enfadado con ella, al menos tenía la oportunidad de hablar con él y de convencerle para pasar una noche divertida juntos.

—¡Hola! Este… ¿qué tal?

—Ya ves.

—Ya veo… bueno. Yo… tengo una sorpresa. Ven, o sea, quieres… ¿quieres venir conmigo?

A Leo no le apetecía mucho en este momento agarrarse a su amiga y que ella le llevara en brazos como a un bebé. No tenía unos sentimientos muy filiales hacia ella últimamente… pero estaba cansado de estar enfadado, y quería darle una oportunidad.

—Bueno. Pero ¡no me toques el culo!

Aunque su intención era poner un poco de distancia entre ellos, la idea les resultó a ambos tan ridícula en cuanto pronunció las palabras que no pudieron evitar reírse. «Ya estamos un pasito más cerca», pensó Odile, y no se equivocó.

La noche resultó tan bien como ella había planeado. Fueron al bosque, asaron las hamburguesas y se divirtieron. Leo reconoció que hacía tiempo que no comía una hamburguesa tan rica, y Odile estuvo tentada de probarla, pero no quería estropear la noche con retortijones. A continuación, fueron al anfiteatro y encontraron un saliente donde podían estar sentados, con unas vistas privilegiadas del concierto. Leo no se lo podía creer. Cantó, bailó (pero no mucho, no fuera a caerse desde allí arriba) y se abrazó a Odile para moverse al ritmo de las baladas. La chica disfrutó al ver a su amigo tan feliz, pero lo cierto es que la música era demasiado estruendosa para sus finos oídos de vampiro (y para su gusto decimonónico), y se alegró cuando por fin terminó el concierto y pudieron pasar a la tercera parte del plan: una tranquila partida de *Monopoly* en casa.

Tras unas cuantas tiradas, se vio claramente que Leo iba ganando, por lo que no podía estar de mejor humor, y se atrevió a preguntar:

—Entonces esta chica… Olivia, ¿no?

—Sí, se llama Olivia.

—¿También habláis de lo que hace durante el día, en el instituto?

—Pues sí, muchas veces es así. Y otras intentamos ayudarnos con nuestros problemas. Por ejemplo, ella me ha ayudado a idear el plan para hoy.

—Pues ha salido un plan de rechupete. ¡Puedes dar mi enhorabuena a la chef! —Odile supo que su amigo por fin le había perdonado, y que no tenía que seguir ocultando su amistad con Olivia.

—Se lo diré, seguro que eso le anima, porque ha tenido una mala época. Acaba de descubrir que le gustan las chicas, y lo ha pasado bastante mal hasta que lo ha reconocido.

—Oh. —Leo se puso colorado, y Odile se dio cuenta de que la conversación le incomodaba.

—¡Perdona! Si lo prefieres, no te hablaré más de Olivia. Es que pensaba que…

—No, no es eso. Me gusta que me hables de ella. Es que… bueno, ahora que volvemos a ser amigos, creo que te lo puedo decir. Me parece que yo también soy gay.

—¿Eres qué?

—Gay, homosexual… bueno, a lo mejor no soy gay, a lo mejor soy bi. Eso es que te gustan tanto los chicos como las chicas, ¿sabes? Pero bueno, en definitiva, creo que me gustan los chicos.

Odile se paró a pensar en la situación. ¿Sus dos amigos estaban confundidos con su sexualidad? Para ella, las cosas eran mucho más sencillas. En más de doscientos años de vida vampírica, le habría parecido absurdo plantearse si le gustaban los vampiros hombres, mujeres o lo que fueran. Había tenido relaciones con muchos vampiros distintos, y con todos había disfrutado. Pero los humanos tenían la necesidad de definirse, eso lo había visto varias veces, y ahora su amigo necesitaba su ayuda para hacerlo. «A ver si me va a tocar besar a otro humano esta noche», se rio para sus adentros.

—Dime, ¿qué chicos te gustan?

—Es complicado. No son «chicos», es solo una persona. Es… era un compañero de clase. Pero cuando empezó el curso llegó

vestido de chica, con el pelo largo, y el profesor nos dijo que le llamáramos Amaranta y no usáramos su nombre anterior.

—Ajá. Es complicado, ¿no? —Leo asintió—. Así que lleva ropa de chica, pelo de chica y tiene nombre de chica. ¿Y no os habrá dicho el profesor, por casualidad, que le habléis en femenino?

—Sí, siempre nos corrige si le hablamos en masculino.

—Querido Leo, siento decírtelo tan directamente, pero me parece que no eres tan listo como creías. Yo no lo veo tan complicado: Amaranta es una chica. ¡Y tú eres un tontolaba! —Le encantaba usar esa expresión que había oído hacía años y que le parecía muy moderna. Leo nunca le dijo que, en realidad, ya era antigua.

—Entonces, ¿no soy gay ni bi?

—Mira, yo no sé lo que eres ni lo que no eres, solo te puedo decir que, si te gusta Amaranta, te gusta una chica. Anda, cuéntame qué es lo que te gusta de ella.

—Es muy buena con todos, pero especialmente conmigo. Siempre está pendiente de que todos lo estemos pasando bien en el recreo… la verdad es que es un poco la mamá de todos los compañeros. Si alguien no quiere jugar a algo, empieza a proponer otros juegos hasta que encuentra alguno que nos guste a todos. Y tiene los ojos preciosos, son marrones, que puede parecer algo muy normal, pero los suyos son tan bonitos y tan expresivos… y huele muy bien…

Leo se dio cuenta de que estaba hablando sin parar y se sonrojó. Pero Odile estaba tan feliz de que su amigo volviera a abrirse ante ella, que le dejó hablar, solo interviniendo para pedirle que le contara más. Fue, en definitiva, una gran noche para la vampira.

3. La desaparición

Las siguientes noches supusieron para Odile y sus amigos una vuelta a la normalidad. Unas veces visitaba a uno, otras veces al otro y, como ambos le habían dado permiso, compartía con cada uno de ellos lo que había hecho con el otro, y muchas de las conversaciones que habían tenido. Poco a poco, Leo y Olivia sintieron que se conocían profundamente, y cada uno empezó a sentir cariño por esa otra persona a la que jamás habían visto, pero que debía ser una gran persona, a juzgar por la forma en que la vampira hablaba de ella.

En cuanto a la situación sentimental de los dos humanos, poco había cambiado tras la noche en la que ambos descubrieron la realidad de sus sentimientos. Cada noche, daban a Olivia las novedades del día:

—Hoy Amaranta me ha sonreído cuando le he saludado.

—Valeria se ha sentado a mi lado en el banco del parque.

Pero ninguno de los dos se había atrevido aún a declarar sus sentimientos.

El primero que tomó la decisión fue Leo. Sentía que no podía más. Le costaba concentrarse en los estudios, en casa sus padres empezaban a decir que estaba «embobado todo el día», y sus ami-

gos del instituto… bueno, sus amigos del instituto no se habían dado cuenta de nada, pero tampoco es que fueran los más sagaces. Que a Santi se le habían caído las gafas el otro día al suelo embarrado y, cuando las recogió, no se le ocurrió limpiarlas y llevaba desde entonces levantándolas y bajándolas para ver las cosas a través de la mugre.

Odile se despertó al ponerse el sol. Abrió la pesada tapa de su ataúd, se desperezó y se dispuso a salir de la cripta en la que residía junto a otros cuatro vampiros. Los demás eran todos vampiros adultos, y no tenían mucho en común, ni siquiera entre ellos, así que cada uno entraba y salía cuando quería y casi no hablaban entre ellos. La cripta era para ellos poco más que el equivalente a un piso de estudiantes de los humanos, pero era un buen refugio, y Odile había descubierto hace muchos años que lo mejor para un vampiro es dormir acompañado de otros: es una forma de estar más seguros ante los posibles ataques de cazavampiros… si es que aún quedaba alguno.

Ya fuera de la cripta, respiró el aire de la noche, y se paró un momento a pensar qué debía hacer a continuación. Tenía muchas ganas de ir a ver a Leo, ya que hoy era el gran día, el día en el que por fin iba a declararse ante Amaranta. Pero, precisamente por lo importante que era este día, decidió que era mejor ir a tomar un bocado antes de ver a su amigo, porque quería, cuando estuviera con él, poder dedicarle toda su atención, y no era buena idea ir con hambre y pasarse el rato pensando en cuándo podría comer.

Aunque la noche no se le dio tan bien como otras veces, y le costó un poco encontrar una buena presa y darse su pequeño banquete, pronto estuvo saciada y lista para ocuparse de asuntos del corazón, no de forma literal, del corazón que bombea la sangre, pero sí de otro no menos importante.

Sin embargo, nada más entrar en la habitación de Leo por la ventana, se dio cuenta de que algo no había ido bien.

—¡Hola, Leo! Cuéntame, ¿cómo ha ido tu declaración?

—Pues… no he podido hacerlo.

—Vaya, lo siento… es normal que estés nervioso y no te atrevas. ¿Quieres ensayar conmigo lo que le quieres decir?

—No, si no es que no me haya atrevido. Es que Amaranta no ha ido hoy al instituto. Y es un poco raro, porque los profesores no sabían que no iba a ir.

—Quizá esté enferma.

—Sí… pero, ¿sabes? Tenemos una aplicación con la que podemos informar inmediatamente al instituto si un día estamos mal y no podemos ir. Los profesores tendrían que haber recibido la notificación.

Odile no entendía muy bien cuando sus amigos le hablaban de aplicaciones, no sabía qué se aplicaba dónde, ni entendió cómo esa aplicación informaba al instituto, pero intentó tranquilizar a Leo. Seguro que todo había sido un malentendido, y en cuanto Amaranta se encontrara mejor, volvería a ir a clase.

Pero Amaranta no volvía. Cada noche, Leo estaba más preocupado. Y, con él, Odile.

—Es que no lo entiendo. Lleva ya tres días sin ir a clase, y la tutora no sabe por qué. A nosotros no nos dice nada, claro, pero hoy le he oído hablando con otra profesora, le estaba diciendo que ha llamado varias veces a los padres de Amaranta y, cuando dice que es profesora del instituto, siempre le dicen que no se oye bien y le cuelgan.

—Parece muy raro… si está enferma, lo normal es que sus padres avisen al instituto, ¿no?

—Y si estuviera saltándose las clases, supongo que sus padres no lo ocultarían, todo lo contrario. Odile, algo ha pasado y tengo que averiguar de qué se trata.

La vampira vio la decisión en la cara del chico, y supo que no merecía la pena intentar calmarle. Se le había metido algo en

la cabeza, y no habría forma de sacárselo hasta que lo llevara a cabo.

—Mañana, después de clase, iré a su casa y no me moveré de allí hasta que sus padres me dejen verla. Ahora, si no te importa, vete ya. Estoy muy muy cansado y quiero meterme en la cama.

Odile pensó que era mejor hacerle caso. Realmente, Leo parecía agotado, probablemente por haberse pasado el día preocupado por Amaranta. Se despidió de él, prometiéndole ir a verle la noche siguiente nada más despertarse, para que le contara las novedades, y salió volando.

Abrir los ojos. Desperezarse en el ataúd. Levantar la pesada tapa. Sentarse. Sacar un pie, y luego el otro, oyendo cómo los huesos de los dedos crujen al apoyarse en el frío suelo de la cripta. Ponerse de pie, dar unos pasos… y salir hacia la noche, esta vez en busca de su amigo antes de ir a cazar el sustento.

La ventana de Leo estaba abierta, como siempre que la esperaba, pero la luz estaba apagada. Entró en la habitación y se encontró al chico en su cama, tapado hasta la barbilla, y dormitando.

—¡Leo! ¡Leo, despierta! Quiero saber qué ha pasado.

—Humm… ¿Odile?

—¡Claro que soy yo! ¿Quién va a ser, una polilla?

—Odile, yo… necesito…

Se paró a mirar al chico, que se había incorporado pero seguía sentado en la cama. Realmente, tenía muy mala cara. Estaba casi tan pálido como ella, y con las ojeras igual de pronunciadas. Pero había algo más. Se acercó un poco más y descubrió que tenía la frente llena de sudor, sus mejillas estaban rojas como la sangre, y… ¡desprendía tanto calor que podría cocinarse un filete en su cabeza! La vampira le tocó la frente y ambos dieron un respingo.

Nunca había habido una diferencia tan grande entre la temperatura corporal de cada uno, y eso que Odile tenía unos 21° de media, lo comprobaron hace unos meses, cuando estuvieron noches y noches jugando ambos a ponerse el termómetro y apuntar el resultado de cada uno.

—¿Estás enfermo?

Leo no tenía fuerzas suficientes para responder con algún comentario sarcástico, como le habría gustado. Así que se limitó a asentir y a responder con palabras cortas, lo único para lo que tenía ánimo.

—Gripe.

—¿Y Amaranta? ¿Has podido ir a su casa?

—Ni siquiera al instituto. —Negó Leo con la cabeza—. Llevo todo el día en cama.

—¿Crees que mañana estarás mejor y podrás ir?

El chico volvió a negar.

—El médico dice que serán unos diez días. Pero yo no puedo… —Tuvo que parar a recuperarse. No había pronunciado una frase tan larga en todo el día, y tenía que recobrar el aliento antes de seguir—. No puedo esperar tanto. Por favor, ve tú. Tengo que saber… tengo que saber qué le ha pasado a Amaranta, si… si está bien, si necesita ayuda.

—¿Yo? Pero… ¿cómo voy a ir yo? Me pillarán, sabrán que soy un vampiro, me perseguirán con antorchas.

—Deja ya las antorchas, Odile, ya… ya nadie las usa —protestó Leo entre resuellos.

—Bueno, pues sin antorchas. Pero… no sé. Sabes que no estoy acostumbrada a hablar con humanos, salvo contigo y con Olivia. Pero con adultos… ¿y si me preguntan algo del instituto y no sé responder?

A pesar de la fiebre y el delirio, Leo se dio cuenta de que tenía razón. Era muy arriesgado, y no quería poner en peligro a su amiga. Comenzó a pensar, pero le costaba mucho concentrarse, y se

sentía tan tan cansado… tuvo que echarse de nuevo, y justo antes de volver a dormirse, agotado por el esfuerzo, susurró:

—Que vaya Olivia. Pídele que vaya ella, por favor.

4. El jersey de rayas

—Repasemos, ¿cómo se llama el instituto?

—El Prenauta. Y vamos a 3.º A. La tutora se llama Ángela… todo eso me lo sé, no te preocupes.

—Es que me resulta increíble que puedas acordarte de todas esas cosas. Con lo que me ha costado a mí encontrar la información, ya verás cuando Leo se despierte mañana y vea que le he revuelto todos los libros para encontrarlo.

—Ya, pero la próxima vez, a ver si no te fijas tanto en esos datos, que seguro que los padres de Amaranta no me van a preguntar nada de ellos a no ser que sospechen mucho, y mejor averiguas cosas como qué clases tienen los martes, que seguro que me serviría más.

—¿Qué clases? ¿Quieres decir clase alta, media o baja?

—… déjalo. Bueno, no te preocupes que yo me apaño. Mañana ven nada más despertarte y te contaré lo que he averiguado. Seguro que no hay nada raro, estará enferma y seguramente es verdad que sus padres no tienen buena recepción en el móvil. No os montéis películas Leo y tú, que sois un par de *drama queens*.

—He entendido aproximadamente el cincuenta por ciento de lo que has dicho. Pero está bien, confío en ti. Mañana vendré a primera hora de la noche para que me cuentes todo y así puedo luego visitar a Leo y llevarle las noticias. ¡Buenas noches!

—Buenas noches… ¡y no te olvides de comer! —dijo Olivia con una risita. A ella no le incomodaba pensar en los hábitos alimenticios de su amiga. Después de todo, la biología era uno de sus temas preferidos, y siempre le había interesado saber cómo se alimentaban los distintos animales. Si hasta los mosquitos tomaban sangre humana, ¿por qué iba a ser raro que Odile lo hiciera?

El día siguiente pasó para Olivia más lento que de costumbre. Las clases le resultaron especialmente aburridas, incluso la de inglés, que no es que fuera su materia preferida, pero normalmente le divertía, porque la profesora hacía muchas payasadas para llamar la atención de sus estudiantes y era bastante entretenido. En el recreo estuvo bastante distraída y no participó en las conversaciones de sus amigos, que ya llevaban un tiempo pensando que estaba muy rara, y su actitud terminó de confirmárselo. En la siguiente clase, Matemáticas, su amigo Pablo le pasó una notita que solo decía: «¿Estás bien?». Olivia sonrió al pensar que, a pesar de su desconexión de la última época, aún sus amigos se preocupaban por ella. «Todo bien, tengo muchas cosas en la cabeza, pero ya las voy a solucionar». Le pasó la notita de vuelta y se puso a tomar apuntes a toda prisa, ya que el profesor estaba empezando a darse cuenta de que no estaba prestando atención.

Cuando por fin terminaron las clases, Olivia se despidió de sus amigos y salió corriendo en dirección contraria a su casa, dejando al grupo más sorprendido que de costumbre. A sus padres les había dicho que iba a casa de Eli a preparar un trabajo de clase, así que no la esperaban hasta la hora de cenar. Tomó el autobús hacia el barrio donde vivían Leo y Amaranta, y vio pasar, una tras otra, cinco paradas hasta llegar a la que estaba más cerca de la casa. En el autobús pudo aprovechar para reflexionar y terminar de elaborar su plan para ver a la chica. ¡Nada podía fallar!

Estaba más ilusionada que asustada cuando por fin el autobús se detuvo junto a la acera y ella bajó. Caminó un poco más, mordisqueando el bocadillo que había llevado para comer, hasta que, por fin, llegó a la dirección que Odile le había escrito en un papel.

Olivia ya sabía, por lo que le había contado su amiga (a quien, a su vez, se lo había explicado Leo en varias ocasiones), que no merecía la pena llamar al portero del edificio. Junto al portal se encontraba el restaurante Las rosas, propiedad de los padres de Amaranta, y donde estos trabajaban desde muy temprano hasta bien entrada la noche. Allí los encontraría. Así que se armó de valor y cruzó la puerta del restaurante.

Una mujer de edad similar a la de sus padres le saludó sorprendida. Olivia se dio cuenta de que no era muy común para una chica de catorce años entrar sola en un restaurante, y menos a esa hora de la tarde, cuando ya era bastante tarde para comer pero pronto aún para cenar. Decidió seguir el plan que habían trazado las dos la noche anterior, y se dirigió a la mujer, que identificó como la madre de Amaranta.

—¡Hola! Soy una compañera de Amaranta, del instituto. —Estuvo tentada de decir «del instituto El Prenauta», pero pensó que era mejor no dar detalles hasta que se los pidieran, para no levantar sospechas—. ¿Puedo entrar en su casa a hablar con ella?

—Así que eres compañera de Amaranta, ¿no? ¿Cómo te llamas?

—Olivia.

Dudaba mucho que la madre conociera los nombres de todos los compañeros de su hija, así que no se arriesgó a dar un nombre falso, porque en ese caso tendría que recordarlo si se lo preguntaba de nuevo, y ya tenía bastantes cosas en la cabeza.

—Amaranta está ocupada. Está… está haciendo los deberes y no quiero que la distraigamos. Lo siento.

—Es que… es que tengo que recuperar mi jersey. Le presté mi jersey de rayas y no me lo ha devuelto.

La madre de Amaranta la miraba fijamente. Estaba claro que no le estaba convenciendo.

—Es que me lo regaló mi abuela, ¿sabe? Y va a venir hoy a cenar a mi casa y mi madre quiere que me lo ponga. Porque si no, es ella quien se va a llevar la bronca. Porque mi abuela no la traga, a mi madre. Es su nuera, no su hija. Y ella quería que mi padre se casara con… —El silencio de la mujer, que seguía mirándola fijamente, había conseguido que Olivia no parara de hablar, dando cada vez más detalles ridículos, que no tenían nada que ver con la realidad, sino que los había sacado de una serie de televisión. En realidad, la madre y la abuela de Olivia eran grandes amigas, y todas las semanas salían al menos un día a comer las dos juntas.

—Veo que es un asunto de vida o muerte. Está bien, iré yo a buscar tu jersey, yo sé cómo entrar y salir sin que Amaranta se distraiga de su tarea. Si vas tú, seguro que empezáis a hablar, a cotillear de vuestras cosas, y así no terminará nunca. Quédate aquí, no tardo nada.

El plan había fallado. Olivia se quedó un rato quieta como un pasmarote junto a la barra del restaurante, hasta que la mujer volvió con las manos vacías, como era de esperar.

—Lo siento, cariño. Amaranta ha debido dejar tu jersey en otra parte, y no recuerda dónde. A lo mejor se lo dejó en el instituto, o se lo prestó a otra de vuestras amigas.

—Está bien, preguntaré entonces a… a nuestras amigas. ¡Adiós!

Salió del restaurante y caminó hasta doblar la esquina. Entonces se puso a pensar en lo que había pasado.

—Vaya desastre. ¿Cómo le voy a decir a Odile que no he conseguido nada? Y Leo… está tan enfermo, y ha confiado en mí… para nada. Seguro que él habría conseguido entrar. Seguro que no se habría dado por vencido hasta conseguir verla…

Se apoyó en el alféizar de la ventana que tenía al lado, y entonces se dio cuenta de que estaba abierta y de que esa ventana daba a

la cocina del restaurante. La madre de Amaranta estaba hablando con un hombre, probablemente con el padre y, si aguzaba el oído, podría oír lo que decían.

—Si yo sé que es necesario, pero es que en el instituto no paran de llamar, y hoy se ha presentado la niña esta, que si me descuido se nos mete en casa.

—Y entonces, ¿qué propones? ¿Que la traigamos ya de vuelta?

—No, no la podemos traer… tiene que quedarse allí. Pero algo tenemos que hacer, falsificar un certificado médico para llevarlo al instituto, o algo.

—Espera, vienen clientes. Luego lo hablamos.

Olivia se quedó helada. ¡Era cierto que los padres de Amaranta estaban ocultando su desaparición! Y ni siquiera estaba en su casa, la habían mandado a algún otro sitio, pero… ¿a dónde? ¿Por qué?

5. Las pistas hay que buscarlas

Cuando esa noche Odile entró en la habitación de Leo, le encontró algo mejor que la anterior, pero aún pudo percibir la alta temperatura de su frente. Al menos, el chico tenía la lucidez y la fuerza suficientes para preguntar las novedades del caso.

—…Y esto es todo lo que me ha contado Olivia —terminó de explicarle Odile.

—¿Es que la fiebre no me deja pensar bien, o no tiene sentido? ¿Cómo van a haberla mandado lejos sus padres, y a mitad de curso? Y, ¿por qué no puede volver?

—La verdad, yo tampoco lo entiendo.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

Esa misma pregunta se la había hecho un par de horas antes Olivia a la vampira. Porque, desde esa tarde, el caso había pasado de ser un favor al amigo de una amiga para convertirse en una misión conjunta. Ninguno de los tres pensaba dejar de investigar, pasara lo que pasara, hasta encontrar a Amaranta sana y salva.

—Yo puedo ir volando esta noche y asomarme a la ventana de su habitación, por si veo algo sospechoso. A lo mejor me encuentro alguna pista.

—¿Y si no la encuentras? No, Odile, las pistas hay que buscarlas, no ir simplemente «a ver si las encuentras», por casualidad. Lo que debes hacer es buscar una ventana abierta, colarte por allí

y llegar hasta la habitación. Si no tienen ninguna ventana abierta, vas a tener que ideártelas para conseguir entrar, pero necesitamos acceso a la habitación para poder investigar.

—¿Tú crees que es necesario que entre en su casa?

Leo asintió.

—Está bien. No le des más vueltas, si es lo necesario, entraré e investigaré. Tengo mis métodos de vampira para conseguirlo, ¿recuerdas?

Odile fue volando hasta la casa de Amaranta y, afortunadamente, encontró rápidamente una ventana por la que entrar. Era la del baño que estaba junto a la habitación de la chica, así que no tuvo dificultad en pasar de una estancia a la otra sin hacer mucho ruido y sin despertar a los padres. Tampoco habría sido muy grave si hubiera tenido que atravesar todo el apartamento, pensó la vampira, pues ya tenía bastante experiencia moviéndose sigilosamente por las casas de los humanos. Más complicado habría sido si no hubiera encontrado abierta ninguna ventana. En ese caso, habría tenido que encontrar a uno de los padres solo en una habitación y asegurarse de que el otro no iba a aparecer de repente. Entonces, llamaría a la ventana y, en el momento en que la persona mirara sorprendida, tendría que atrapar su mirada con la suya propia e «hipnotizarle» (en realidad, no era lo que los humanos entienden por hipnosis, pero es una herramienta muy parecida que tienen los vampiros y que hace que la persona conectada por su mirada no pueda negarse a hacer lo que el vampiro le pide. Es algo usado muy a menudo por los vampiros para alimentarse, y que Odile se toma muy en serio y procura no hacer si no es estrictamente necesario) para que le abriera la ventana. Habría resultado muy incómodo, ya que el padre o la madre habría acompañado a Odile mientras rebuscaba por la habitación y, al finalizar, ella se habría visto obligada a tomar un mordisquito, ya que nunca había usado sus poderes hipnóticos si no era para alimentarse, y

habría sido una pena desperdiciarlos. No le apetecía nada beber sangre de alguien tan cercano a sus amigos, pero la sangre era un bien demasiado preciado y ya era bastante complicado conseguir qué comer cada noche.

Ya en el cuarto de Amaranta, comprobó que la cama estaba hecha y una leve capa de polvo la cubría, confirmando que no se había tocado en unos días. Abrió el armario y lo vio casi vacío, como si se hubiera llevado ropa para una larga temporada. Pero, por más que buscó, no encontró ningún cuaderno con una dirección escrita, o la típica caja de cerillas de un hotel de carretera que sale en las películas que ve Leo, y que este le insistió en que buscara. Decepcionada, se fue a dormir no sin antes pasar por las habitaciones de sus amigos y dejarles una nota poniéndoles al día de las pocas novedades que tenía.

Al día siguiente, Olivia volvió a visitar la calle de Amaranta al salir del instituto, pero esta vez sin atreverse a entrar en el restaurante. Su plan consistía en agazaparse junto a la ventana donde había estado la tarde anterior y esperar a que los padres de la chica tuvieran otra conversación en la que dieran más datos de dónde estaba. No era algo fácil, pero estaba segura de que así conseguiría la tan ansiada pista.

Pero finalmente no pudo llevar a cabo su plan porque, nada más llegar a la calle del restaurante, Olivia se encontró una pista por casualidad.

Una furgoneta de mensajería estaba aparcada frente a la entrada del restaurante, y un hombre salía del mismo y se metía en la furgoneta llevando una mochila de instituto con ruedas, decorada con pegatinas de la cantante de moda y la bandera del orgullo trans. ¡Esa tenía que ser la mochila de Amaranta, y sus padres se la enviaban para que siguiera estudiando allá donde estuviera!

Olivia estuvo a punto de acercarse a la furgoneta pero, en ese momento, la puerta del restaurante se abrió y salió la madre de Amaranta haciendo gestos al transportista para que le esperara.

—¡Acabo de acordarme de que tengo que enviarle también el libro de lectura recomendada para la clase de inglés!

—Vaya a por él, le espero.

—Es que no lo tengo, con mis horarios de trabajo, aún no he podido ir a comprarlo… por favor, venga de nuevo pasado mañana y se lo daré. Pagaré los dos viajes.

—Está bien, pasado mañana vendré a la misma hora. Que tenga un buen día.

—¡Igualmente!

El transportista se fue y, cuando Olivia se aseguró de que no había peligro de que le vieran, se fue también a casa, triunfante por la información que había conseguido.

6. ¡Siga a ese coche!

Dos días. Un día y medio, en realidad, ya que ya se había hecho de noche mientras Olivia se devanaba el cerebro pensando en el poco tiempo que tenía para encontrar una forma de seguir al transportista hasta el lugar donde tenían secuestrada a Amaranta. Porque, tras mucho pensar, había llegado a la conclusión de que a Amaranta la habían secuestrado sus padres.

Ahora todo tenía sentido: sus padres la habían llevado a un zulo a las afueras de la ciudad, en algún sitio apartado donde, si gritaba, nadie le oiría. Suponía que habría alguien con ella, algún esbirro contratado para darle de comer y cuidar de que haga las tareas de clase. Seguramente esa persona será quien recoja el paquete que lleve el transportista y, entonces, Olivia tendrá que enfrentarse a un matón de dos metros de alto para conseguir salvar a la amiga de Leo.

Apartó de su mente la idea del enfrentamiento y siguió pensando en la situación de la chica. ¿Por qué la habrían secuestrado? No cabe duda de que sus padres debían ser unos seres desalmados pero, aun así, tendrían que tener algún motivo, por retorcido que fuera.

Recordó que, cuando estuvo escuchando a los padres de Amaranta junto a la ventana del restaurante, vio que uno de los clientes que llegaban llevaba un uniforme de policía. ¿Acaso no sería

un cliente, sino un oficial de servicio, investigando un crimen cometido por los padres? Y, en ese caso, ¿sería Amaranta testigo del crimen y por eso sus padres se la querían quitar de en medio hasta que acabara la investigación?

La cosa se ponía cada vez más interesante. Solo le faltaba averiguar cuál era el crimen de los padres de la chica, ¡y ya tendría la historia completa! ¿Sería una cuestión de dinero? ¿Tendrían en el restaurante algún otro negocio ilegal? ¿O sería un crimen de sangre? Se estremeció al pensarlo. Pero, en ese momento, oyó unos toquecitos en el cristal de la ventana de su habitación.

Olivia puso a Odile al día de lo que había visto (y oído) esa tarde, y pronto estaban ambas haciendo una lluvia de ideas para encontrar la forma de seguir al transportista.

—Es que no puedo saltar a un taxi y gritarle «¡siga a ese coche!», como en las películas.

—¿Por qué no? Me parece bastante práctico.

—Pues porque tengo catorce años, Odile. Ningún taxista en su sano juicio llevaría a una niña sola de catorce años a no ser que sus padres se lo pidan expresamente. Y no creo que mis padres estén muy a favor de la aventura, si se lo cuento.

—Ya, claro que no… ¿y si corres detrás de la furgoneta?

Olivia simplemente se quedó mirando a su amiga con cara de póker.

—No puedes correr tan rápido, ¿no?

—No puedo correr tan rápido. Ay, si fuera un poco más tarde y el sol se hubiera puesto… tú podrías seguirle volando.

—Pues ya no se me ocurren más opciones. Será mejor que vaya a ver a Leo, seguro que él tiene alguna idea. Luego te dejo una nota en la ventana explicándote lo que me haya dicho.

Pero la nota que Olivia se encontró por la mañana solo decía: «Lo siento. No se nos ha ocurrido nada. Aún hay algo de tiempo, pensémoslo mañana».

No había sido un buen día para Leo. Aunque el día anterior se había encontrado bastante mejor, y pensaba que ya pronto podría volver a salir a la calle y buscar a Amaranta, lo que era su único deseo, ese día se había despertado con un gran dolor en todos los músculos, y mucha más fiebre.

Se había pasado el día en la cama, mirando el reloj cada pocos minutos, esperando a que se hiciera de noche y Odile fuera a verle y a contarle las novedades, pero justo una hora antes de que llegara la vampira, se había quedado dormido.

Odile le dio suaves toques en el hombro para despertarle pero, al ver que no reaccionaba, tuvo que zarandearle un poco hasta que por fin Leo abrió los ojos. Sin embargo, aunque escuchó el relato con la mayor atención, su cerebro febril no funcionaba tan bien como él habría deseado, y no pudo pensar en ninguna otra opción por la que Olivia podría seguir al transportista hasta el lugar en el que tenían encerrada a Amaranta.

—Lo único que se me ocurre es decírselo a mis padres. No les va a gustar, y seguro que no me toman en serio, pero a lo mejor si les pido que me hagan ese favor como regalo de cumpleaños…

—Pero ¿tu cumpleaños no es dentro de cinco meses?

—Bueno, pues así se ahorran tener que pensar y comprar mi regalo.

—¿Tú crees que funcionará?

—La verdad es que no tengo muchas esperanzas. Ellos siempre dicen que cada familia tiene sus costumbres, y que no debemos juzgarlas.

—Y… ¿es secuestrar a tu hija una costumbre que debemos respetar?

—¡Claro que no! —Sus ojos se iluminaron con un rayo de esperanza—. Entonces, ¿crees que debo contárselo?

—No sé cómo funcionan los padres. La verdad es que me cuesta mucho recordar a los míos, hace tanto tiempo que me separé de ellos… pero, cuando pienso en ellos, sí tengo un sen-

timiento de seguridad, de poder contar con ellos, de protección. Creo que eso deberían ser siempre los padres para sus hijos.

A Leo se le empañaron los ojos de emoción. Siempre había tenido muy buena relación con sus padres, y de pequeño les contaba todo y les pedía ayuda siempre que lo necesitaba. Pero hacía un par de años que sentía que no le entendían. Discutían bastante a menudo, y a él le costaba encontrar las palabras cuando quería contarles algo. ¡Ni siquiera les había dicho que estaba enamorado! Y, por supuesto, ni hablar de que tenía una amiga vampira, pero estaba bastante seguro de que eso no lo entenderían, y no quería poner en peligro a Odile.

En su interior, tomó la decisión de hablar al día siguiente con sus padres, pero no dijo nada a Odile. No quería que las chicas pusieran sus esperanzas en una opción que podría no funcionar, así que era mejor que siguieran pensando qué hacer para encontrar a Amaranta. Sin embargo, estaba cada vez más seguro de que hablar con sus padres era una buena idea: como mínimo, le serviría para desahogarse y poder compartir sus sentimientos con alguien más. Y, si además conseguía la ayuda que necesitaban él y sus amigas, mucho mejor.

7. Solas

Al día siguiente, Olivia no veía la hora de que acabaran las clases. No se concentraba, y ya había dado mal las respuestas a tres preguntas que le habían hecho los profesores y que eran bastante elementales. Sus amigos habían decidido dejarla tranquila hasta que quisiera volver a interactuar con ellos pero, aunque le venía bien no tener que pensar en hablar de temas que en ese momento poco le importaban, la verdad es que se sintió bastante sola y abandonada por ellos.

Pero, como sabía que se lo había buscado, y que no se habían apartado de ella porque no quisieran su compañía, sino por respetar su espacio, pronto se dio cuenta de que, si quería recuperar a sus amigos, era ella quien debía dar el primer paso.

En el último intercambio de clases, se acercó a Eli y le dijo:

—¿Tenéis hoy partido de baloncesto? Me gustaría ir a veros.

En realidad, estaba deseando ver a Valeria, y no solo porque la echara mucho de menos. Sabía que estar con ella le serviría para calmar los nervios, poner las cosas en perspectiva, y poder pensar mejor en la forma de perseguir a la furgoneta de transportes dentro de… veamos… veintisiete horas.

Y no se equivocaba. En cuanto entró en la cancha y vio el grupito que formaba el equipo de sus amigas, con Valeria destacando por encima de las demás (era la más alta, pero, en su opinión, era también la más guapa, la que mejor jugaba y la que se hacía la coleta con más gracia), comenzó a sentirse mejor. Los nervios no se calmaron, pero se desplazaron de la situación. «Tengo que salvar a una chica que no conozco de las garras de sus criminales padres» a «Huy, la chica que me gusta me ha saludado con la mano. Y ahora se acerca, creo que viene hacia mí».

Valeria llegó hasta la grada donde estaba sentada Olivia, sonriendo.

—¡Qué bien que hayas venido! Hacía mucho que no te veía.

—Sí, es que he estado… ocupada.

—Vaya, parece algo serio. ¿Qué te parece si vamos a tomar algo después del partido y me lo cuentas? Tú y yo, solas.

Olivia agradeció estar ya sentada, y habría agradecido estar echada en una camilla con una vía de suero en el brazo, pero consiguió recomponerse lo mejor que pudo, y atinó a decir:

—V…vale.

Valeria le sonrió y se fue corriendo a reunirse con las chicas de su equipo, que estaban terminando de planificar las jugadas.

El partido fue… para qué engañarnos. Olivia no tenía ni idea de si el partido estaba siendo interesante o no. Aunque el baloncesto le interesaba, y siempre había disfrutado mucho de ver jugar a sus amigas, esta vez solo podía pensar en su cita con Valeria. Pero ¿era realmente una cita? Solo le había invitado a tomar algo juntas. Seguramente Valeria quedaba a menudo con unas amigas y otras a solas. Seguro que solo quería que le contara por qué había estado ausente los últimos días. Seguro que…

La bocina indicó el final del partido y Olivia supo que había llegado el momento. Intentó ponerse de pie a aplaudir —sí, el equipo de Valeria y de sus amigas había ganado, por poca diferencia—, pero le temblaban las piernas, así que decidió seguir aplaudiendo sentada. Tras unos minutos de celebración, Valeria se acercó de nuevo a la grada.

—Voy a ducharme, no creo que quieras ir a ningún sitio conmigo con las pintas que tengo —«Hasta el fin del mundo si hace falta», pensó Olivia, pero solo se rio—. Espérame en la cafetería de la esquina en media hora, ¿vale?

Al cabo de esa media hora, Olivia estaba sentada a una mesa con la boca pastosa. Evidentemente, había ido a coger sitio en el momento en que Valeria se había ido a las duchas, y evidentemente llevaba media hora sentada con la mirada fija en la puerta de la cafetería, esperando a que Valeria apareciera. Tres veces se había acercado un camarero a tomarle la comanda, y tres veces había contestado con «aún no me he decidido». Pensaba que, si pedía algo antes de que llegara la chica, podría ofenderse al ver que no le había esperado. Pero la verdad es que le habría venido bien beber algo, los nervios le estaban secando la garganta.

Cuando Valeria entró en la cafetería, Olivia se sorprendió. En realidad, estaba casi convencida de que no iba a aparecer. No porque se hubiera retrasado (en realidad, Valeria llegaba exactamente treinta minutos desde que se vieron por última vez), ni porque tuviera ningún indicio de que la chica iba a cambiar de opinión, pero le parecía tan increíble la situación que su inconsciente le estaba preparando para sentirse rechazada de un momento a otro. ¡Si ni siquiera se había atrevido a decirle al camarero que estaba esperando a alguien ninguna de las tres veces que había ido a su mesa!

Pero allí estaba, sonriéndole mientras se acercaba a la mesa, guapísima con ese aire cansado pero satisfecho que le daba haber

terminado el partido declarándose, ella y sus compañeras, ganadoras.

—Espero no haberte hecho esperar mucho, es que tenía taaantas ganas de una ducha calentita…

—¡He tenido que esperarte muchísimo tiempo! Veamos, según este reloj te has retrasado exactamente… catorce segundos.

—Vaya, es un descuido imperdonable. —Rio Valeria—. Tendré que compensártelo de alguna forma.

«No hay mal que por bien no venga —pudo pensar Olivia—. Si hubiera pedido un refresco, me habría atragantado bebiendo en este momento».

Sin embargo, los nervios no duraron mucho más. Olivia preguntó a Valeria cómo había empezado a jugar al baloncesto y la conversación pronto llevó a que cada una describiera su infancia, sus *hobbies* y las cosas que tenían en común que, según descubrieron, no eran pocas.

Cuando se acordaron de mirar el reloj vieron que se había hecho bastante tarde, y sus familias se estarían empezando a preocupar. El móvil de Olivia estaba lleno de mensajes de su padre, y el de Valeria vibraba con la tercera llamada que le hacía su madre. Decidieron responder y prometer a sus familias que ya iban de camino a casa, así que se dieron cuenta, con bastante pena, de que había llegado la hora de despedirse.

Caminaron juntas unos metros, pero en la siguiente esquina sus caminos se separaban, así que se pararon para decirse adiós.

Valeria bromeó una vez más:

—Bueno, ¿te doy la mano o dos besos?

Sin saber cómo, qué pasaba por su cabeza o de dónde había sacado el valor, Olivia se inclinó hacia ella y le dijo bajito:

—¿Qué te parece un beso?

Valeria sonrió y asintió. Olivia tragó saliva, disfrutó de ese último momento antes de que toda su vida cambiara, y por fin acercó sus labios a los de Valeria en un beso lleno de dulzura.

Al separarse, unos minutos después, Olivia casi no podía apartar la mirada de los ojos de Valeria, pero un perro que ladraba calle abajo la sacó de su estado de casi hipnosis («y dicen que los vampiros hipnotizan… eso no es nada comparado con lo que hacen los ojos de Valeria»), miró al otro lado de la calle y vio a un chico que se alejaba.

—¡Dani! —exclamó y salió corriendo detrás de él, dejando a Valeria muy confundida—. ¡Tengo que irme! ¡Te lo explicaré todo, te lo prometo! —le gritó mientras se alejaba en busca del chico.

Olivia era la pequeña de tres hermanos. Dani era el mayor, tenía ya diecinueve años e iba a la universidad desde el curso pasado. La segunda era Silke, de dieciséis años, y estaba un par de cursos por encima de Olivia. Siempre habían estado los tres bastante unidos, de pequeños eran casi inseparables y compartían mil aventuras. Sus padres les vestían con los mismos colores, pero siempre a Dani con pantalón, Silke con falda y Olivia con vestido. Y, aunque protestaban a diario, la verdad es que cuando crecieron y pudieron vestirse cada uno como quisiera, lo echaron un poco de menos, aunque ninguno de los tres lo admitió. Pero desde que Dani empezó la universidad, se distanció un poco de sus hermanas. Muchas veces no iba a casa a cenar, sino que quedaba con sus amigos de clase, y ya no tenían tantos momentos en común los tres hermanos, aunque disfrutaban mucho cada vez que estaban juntos.

Olivia alcanzó a Dani poco antes de que llegara al edificio en el que vivían.

—¡Dani, espera! Tengo que hablar contigo. ¿Podemos sentarnos un momento en el portal antes de subir a casa?

—Papá ha hecho tortilla para cenar… anda, vamos a subir y me lo cuentas en la cena, que estoy hambriento.

—Es que… prefiero contártelo a solas.

Dani se dio cuenta de que el asunto era serio, así que se sentó en el escalón que había delante del portal y esperó a que Olivia hiciera lo mismo.

—Venga, cuéntamelo. Aunque debo advertirte que no hay nada que tu hermano no sepa. He visto cómo miras a la princesa Leia cuando vemos *La guerra de las galaxias*.

Olivia se quedó confundida un momento hasta que entendió lo que su hermano le quería decir.

—Qué… ¡ah! No, no es nada de eso. O sea, sí, eso es algo que te quiero contar. Pero no ahora, ahora necesito hablarte de algo más urgente.

Aunque sabía que podía contar con él y que le iba a apoyar en todo, no quería hacer su «salida del armario» oficial con su hermano en ese momento, sin haberse podido preparar, y cuando en su cabeza había un gran problema por resolver. Así que se centró en ese problema:

—Ahora que tienes carnet de conducir, mamá y papá te dejan usar el coche siempre que quieres, ¿verdad?

—Bueno, siempre que quiero no… solo cuando lo necesito para ir a la universidad. O cuando mis amigos hacen barbacoa y llevo yo la compra. O cuando voy al cine y voy a volver tarde… bueno, sí. La verdad es que me lo dejan cuando quiero —dijo con una risita.

—Pues necesito que les pidas el coche mañana y me lleves a un sitio.

—¿A dónde?

—La verdad es que no tengo ni idea.

8. La confesión

La misma mañana en que Olivia besó a Valeria por primera vez, Leo se levantó hecho un asco, física y psicológicamente. Pero eso para sus padres no era una novedad, ya que llevaban varios días viéndole cada vez más alicaído. Lo habían atribuido a la enfermedad, pero ya estaban empezando a preocuparse, ya que la fiebre estaba bajando pero él no parecía mejorar.

—¿Vas a levantarte a desayunar? —le preguntó su madre, intentando dar a su voz un tono neutro, para que no se notara su preocupación.

—Sí, dame un momento y ahora voy.

Su cuerpo consiguió llegar de la cama a la mesa de la cocina, donde sus padres intercambiaban miradas de incertidumbre entre sorbos de café, pero su mente estaba aún dando vueltas por otro lado.

—¿Quieres un vaso de leche? —preguntó su padre.

—…¿Eh? Oh… sí, por favor.

Su padre miró a su madre, preparó la leche y se sentó de nuevo.

—¿Te gusta la tostada? —preguntó su madre.

—…¿Eh? Oh… sí, muy rica.

Su madre miró a su padre, y dio otro sorbo a la taza de café.

La situación era ya casi ridícula, y los padres de Leo estaban a punto de llegar a la desesperación, cuando el chico, por fin, articuló las palabras:

—Tengo que contaros algo.

Ambos padres trabajaban desde casa, así que solo tuvieron que tomar un momento el móvil para avisar en sus respectivos trabajos de que tenían que tomarse parte del día libre para atender un asunto familiar, y pronto pudieron sentarse de nuevo junto a Leo, con sendas nuevas tazas de café caliente, dispuestos a prestar toda su atención a su hijo.

Cuando esa noche Odile llegó a la ventana de Leo, bastante tarde porque Olivia había tenido muchas novedades para contarle, se encontró al chico aún esperándole despierto, mientras leía un libro.

—¿Qué estás leyendo?

—Pues es una novela de vampiros, seguro que te gusta.

Odile echó un vistazo a la contraportada, donde pudo leer la sinopsis.

—¡Por favor! Ya no saben qué inventar.

—¿A qué te refieres? Yo lo encuentro muy realista, el vampiro protagonista tiene muchas cosas en común contigo.

—Leo, solo he leído un resumen de ocho líneas y ya he encontrado tres datos que no tienen nada que ver con la realidad.

—¿Cuáles?

—Para empezar, dice que el protagonista es un vampiro que solo se alimenta de sangre animal… es cierto que los vampiros podemos subsistir un tiempo con sangre animal, pero al cabo de unos días estaríamos hechos una piltrafa… ¡como tú ahora mismo!

Leo intentó ignorar el comentario. ¡Pero si él se sentía mucho mejor que hacía unos días!

—Si un vampiro no toma sangre humana en varios días, pronto no tendrá fuerzas más que para levantarse y alimentarse. ¡Tendría que estar tomando sangre animal toda la noche solo para subsistir! Lo de la capa voladora es otra tontería. Los vampiros tenemos la capacidad de volar, no nuestra ropa. ¡Si las capas de

vampiro permitieran volar a cualquiera, seguro que los humanos ya habrían encontrado la forma de comercializarlas! —Se rio con ganas, y Leo con ella. Pensándolo bien, era cierto que la idea era bastante ridícula.

—¿Y cuál es la tercera inconsistencia que has encontrado?

—¿De verdad no te has dado cuenta? ¡Pues los hombres lobo! —añadió la vampira cuando vio que Leo no sabía la respuesta.

—Entonces, ¿no existen los hombres lobo?

—Pero ¿aún crees en esos personajes fantásticos? Hombres lobo, hadas, duendes… Todavía me dirás que esperas al conejito de Pascua, o a la gran calabaza en *Halloween*. —Las referencias que tenía Odile de personajes fantásticos se basaban en lo que había leído en cómics y libros que Leo le había ido prestando estos últimos años.

—Odile, yo… no quiero ofenderte, pero… —dudó unos segundos antes de continuar—. Cualquier humano al que preguntes te diría que los vampiros son también personajes de fantasía.

—¿En serio? ¿No creen en nosotros?

Leo negó con la cabeza. Odile se quedó pensativa un momento, asimilando la noticia, y luego exclamó:

—¡Pues por mucho que nieguen nuestra existencia, no vamos a dejar de existir! ¡Solo porque no nos hayan visto, no quiere decir que no seamos de verdad!

—Y… ¿no crees que te puede estar pasando lo mismo con los hombres lobo? A lo mejor nunca los has visto, pero están por ahí.

—Leo, los hombres lobo fueron un invento de los vampiros. Nosotros creamos la leyenda y dijimos que había hombres lobo en lugares donde no queríamos que los humanos fueran merodeando, simplemente para poder tener tranquilidad durante el día y poder dormir sin miedo a que alguien nos encontrara.

A pesar de tener una explicación tan convincente, Odile ya no estaba tan segura de lo que creía y lo que no creía. Para no volverse loca pensando, decidió cambiar de tema.

—No perdamos más el tiempo. Voy a contarte todo lo que me ha dicho Olivia, y luego me pones tú al día de lo que ha ocurrido aquí hoy, ¿vale?

Leo asintió y ella empezó su relato, sin escatimar en detalles.

Una vez terminó y Leo puso satisfacer su curiosidad con todo tipo de preguntas, especialmente sobre la nueva relación de Olivia («pero ¿son novias, entonces? ¿Cuándo van a volver a verse? ¿Han hablado de lo que siente cada una por la otra?»), le tocó el turno a él de contar cómo había ido su conversación con sus padres.

Leo les había contado que estaba enamorado de Amaranta. Sus padres conocían ya a Amaranta de algunas fiestas de cumpleaños, aunque no tenían mucha relación con ella ni conocían a sus padres. Así que se limitaron a preguntarle qué le gustaba de ella y desde cuándo, apoyándole y haciéndole ver que sus sentimientos eran importantes.

Leo se encontró disfrutando del momento, describiendo con voz soñadora la forma en que Amaranta defendía siempre a los más débiles, incluso enfrentándose a profesores abusones, y detallando la forma de sus ojos y cómo brillaban cada vez que sonreía. Pero pronto volvió a poner los pies en la tierra y su alegría se ensombreció cuando tuvo que contar a sus padres lo que realmente le preocupaba desde hacía días.

Una vez informados, tanto de la desaparición como de las teorías de Leo y sus amigas (les dijo que un par de amigas del instituto le estaban ayudando y que se comunicaba con ellas por mensajes con el móvil… era más creíble que «mi amiga vampira y su amiga a la que jamás he visto están llevando a cabo la parte física de la investigación»), los padres de Leo habían pasado unos minutos reflexionando.

Su madre fue quien habló primero.

—Leo… todos sabemos que hay personas malas en el mundo, pero antes de acusar a los padres de Amaranta de secuestro, y de otros crímenes de los que no tenemos absolutamente ningún indicio, ¿no crees que deberías tener más pruebas?

—¿Te parecen pocas pruebas? ¡Su propia madre dijo que no la podían traer de vuelta!

—Lo mismo le dije yo a tu abuela cuando el verano pasado te fuiste de campamento y a los tres días me estaba diciendo que por qué no te traía ya a casa. Y no creo que te sintieras muy secuestrado entonces.

Leo recordó esas dos semanas de verano que disfrutó con sus amigos en el campo. Todas las mañanas hacían algo distinto: pescar, cortar leña, bañarse en el río… las tardes eran para las caminatas, y las noches… las noches supuestamente eran para dormir, pero entre las conversaciones dentro de la tienda de campaña, y un par de visitas de Odile, en las que Leo salió a un claro del bosque a reunirse con ella, la verdad es que no había tenido mucho tiempo para dormir. Ni para echar de menos su casa, a sus padres ni mucho menos a su abuela, a la que veía una vez al mes y no sabía qué más le daría que él estuviera en el campamento o en casa. No, no sintió que nadie le estuviera secuestrando en aquella época.

—Entonces, ¿qué otra explicación puede haber? —cedió ante la posibilidad de haberse equivocado.

—Pues no lo sé, pero te diré lo que voy a hacer. No voy a estar persiguiendo al transportista como si esto fuera una película de los 80. Que nuestro coche no está para atravesar puestos de frutas en el mercado. Además, mañana tengo que trabajar hasta más tarde, ya que hoy me he tomado parte de la mañana para esta conversación. Cuando termine de trabajar, iremos papá y yo al restaurante de la familia de Amaranta a cenar. Puedes quedarte solo en casa, ¿verdad? Te dejamos encargada una *pizza*. Comeremos allí y, como de casualidad, preguntaré a la dueña si tiene hijos y dónde están. Estoy segura de que, si no tiene nada que ocultar, me contará la verdad.

—¿Y si tiene algo que ocultar?

—Entonces… entonces sabremos que hay algo raro y buscaremos otra forma de averiguar lo que ha pasado.

—Pero…

Leo se dio cuenta de que estaba poniendo al límite la paciencia de sus padres. Es verdad que estaban haciendo bastante, mucho más de lo que otros padres harían, por ayudar a su hijo con su investigación. Pero ¿tanto les costaría seguir al transportista hasta el lugar donde tenían a Amaranta? Si perdían esta oportunidad, no sabía si encontrarían otra igual. Y si los padres de Amaranta eran realmente unos criminales, estarían arriesgándose a acabar igual que ella, secuestrados en algún recóndito lugar de la ciudad.

Sin embargo, tuvo que resignarse a esperar las noticias que le trajera Odile. Y, por suerte, estas fueron mucho mejores: Olivia había conseguido la ayuda de su hermano para perseguir a la furgoneta de transportes.

9. Un paseo por la ciudad

Cuando terminó el instituto al día siguiente, Olivia se quedó junto a la puerta, esperando nerviosa a Dani. Se despidió de sus amigos casi sin girarse a mirarlos, solo tenía ojos para otear el horizonte esperando ver el coche de sus padres conducido por su hermano mayor. Pero entonces oyó a sus espaldas:

—¡Vaya, Valeria! ¿Qué haces aquí?

—Es que me han cancelado la última clase y he estado dando una vuelta… venía a ver si alguno de vosotros quería acompañarme —dijo mirando fijamente a Olivia, que se había girado a mirarla en cuanto oyó su nombre.

—Yo… estoy esperando a mi hermano, que viene a buscarme. Tenemos un asunto importante que resolver.

—Creo que tú y yo tenemos también un asunto que resolver y, al menos para mí, es muy importante. —Valeria había decidido dejar de disimular. Estaba claro que había ido exclusivamente para hablar con Olivia, y los demás lo percibieron enseguida. Si sabían, o sospechaban, que había pasado algo entre ellas, no lo dijeron. Simplemente se apartaron y dejaron que hablaran tranquilas.

—Lo sé. Para mí también es muy importante, te lo aseguro. Pero es que esto es muy urgente, y es… bueno… podría ser un asunto de vida o muerte.

Valeria la miró incrédula. ¿Tanto miedo tenía Olivia de hablar con ella que se inventaba una tontería así? ¿Se había equivocado al dejarse besar por alguien que la tomaba tan poco en serio? Abrió la boca para decirle que no se molestara en volver a dirigirle la palabra cuando, en ese momento, apareció un Seat Ibiza rojo doblando la esquina a toda prisa y paró delante de ellas. Dani, que había bajado la ventanilla, exclamó:

—¡Siento mucho el retraso! ¡Corre, sube que aún podemos llegar a tiempo!

Olivia subió a toda prisa al asiento del copiloto y, mientras el coche arrancaba, pudo gritar a Valeria:

—¡Te lo explicaré, te lo prometo! Por favor, espérame mañana por la tarde en la cafetería de ayer y te contaré todo!

Y el coche salió a gran velocidad dejando a Valeria desconcertada.

Bajaron la velocidad poco antes de entrar en la calle del restaurante, para no llamar la atención. Aparcaron a unos metros de la puerta y, ya que no había ninguna furgoneta de transportes en los alrededores, se quedaron sentados esperando. Dani sugirió que se agacharan para que nadie se diera cuenta de que estaban en el coche pero, entre que no pasaba ni un alma por la calle y que, pensándolo bien, no había nada de raro en dos personas que estuvieran charlando tranquilamente en un coche y que en un momento dado decidieran arrancar (casualmente a la vez que alguna furgoneta que hubiera cerca), optaron por quedarse en sus asientos, más cómodamente.

La furgoneta no tardó en aparecer, con el mismo conductor que hacía dos días. Aparcó frente al restaurante, entró y, al cabo de pocos minutos, salió con un pequeño paquete en la mano.

—Me juego lo que sea a que es *El niño con el pijama de rayas*. Cuando tenía vuestra edad, siempre nos lo ponían para leer en clase de inglés. —Dani se había tomado en serio la labor de

investigador, pero quizá no estaba poniendo sus esfuerzos en el misterio correcto.

—¡Atento! ¡Ya va a arrancar!

Dani se preparó para salir disparados detrás de la furgoneta. Arrancó, salió de la plaza de aparcamiento, y se puso a conducir detrás de la furgoneta… que iba a unos veinticinco kilómetros por hora.

—Pero ¿cómo puede ir tan lento? ¿Es que los transportistas no cobran por paquetes entregados? ¡A este paso solo va a entregar este paquete en toda la tarde! —Olivia estaba ya nerviosa por la situación, y la velocidad que tenían que seguir solo hizo aumentar sus nervios.

—Pues a mí me parece muy bien. Que conduzca bien, que siga las medidas de seguridad… y seguro que también se toma los descansos recomendados, ¡bravo! Más hombres como él hacen falta en las empresas de transporte, que defiendan sus derechos. Y si a la empresa no le gusta, que se aguanten, seguro que no les pagan ni el salario mínimo, y…

—Vale, Dani, vale. Ya lo he entendido. Pero es que se está haciendo tardísimo, y cada minuto que tardemos es un minuto más que está Amaranta secuestrada. ¡Tenemos que llegar a salvarla cuanto antes!

Como si le hubiera oído, la furgoneta paró por fin junto a la puerta de una casa baja. Habían llegado a un barrio a las afueras de la ciudad, una zona que no tenía muy buena reputación, que se consideraba la guarida de delincuentes de poca monta. Los hermanos no lo ignoraban, pero estaban dispuestos a arriesgar su integridad (y la del coche de sus padres) por rescatar a la chica.

El transportista se había bajado de la furgoneta y, con el paquetito en una mano, había llamado a la puerta de la casa. En lo que les pareció un suspiro, alguien abrió la puerta, tomó el paquete y la volvió a cerrar, y el transportista volvió a su furgoneta y se marchó.

Dani y Olivia sabían que había llegado el momento, así que tomaron sus puestos. Dani se quedó en el coche agarrando el volante, dispuesto a emprender la huida si era necesario, en cuanto su hermana regresara, sola o acompañada de Amaranta. Quería rescatar a la chica, pero para él lo principal era llevar a su hermana de vuelta a casa sana y salva.

Olivia se armó de valor, salió del coche y fue hasta la puerta de la casita. Tuvo que tomarse un minuto hasta que, por fin, se atrevió a llamar a la puerta.

Mientras esperaba, echaba vistazos al coche donde esperaba su hermano, en parte para conectar su mirada con la de él y que le diera fuerzas, en parte planteándose salir corriendo antes de que alguien abriera la puerta.

Por fin oyó cómo se abría la cerradura, vio la puerta abrirse y descubrió tras ella a una chica que conocía de las detalladas descripciones que Odile le había dado.

—Hola… ¿eres Amaranta?

—Sí. Y tú, ¿quién eres?

En el pequeño salón de la casa, Olivia puso más o menos al día a la chica de todo lo que había pasado en la última semana y media. Obviando, claro, que la intermediaria entre ella y Leo era una chica vampiro. «Leo y yo nos conocimos jugando a un videojuego por internet y hablamos por el chat» era una explicación bastante razonable, aunque la realidad era que los juegos a los que jugaban Olivia y Leo eran muy distintos y habría sido muy difícil que coincidieran así.

—…así que he venido a rescatarte. Venga, vámonos que está mi hermano esperando.

—¡Espera! ¿Cómo que a rescatarme? ¿A rescatarme de qué?

—¿No te tienen aquí secuestrada?

—¡Claro que no! —Se rio Amaranta—. ¿Tú crees que si estuviera secuestrada podría abrir la puerta y dejar entrar a la primera loca que viene a buscarme? Pues vaya chapuza de secuestro…

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—¡Amaranta! ¿Me puedes ayudar a ir al baño? —Oyeron la voz de una mujer mayor que llamaba desde una habitación al fondo del pasillo.

—Dame unos minutos y te cuento todo. Dile a tu hermano que entre, que estará de los nervios. —Y se fue en dirección a la voz que le llamaba.

Los dos hermanos pasaron casi diez minutos sentados en el sofá sin saber qué hacer, prácticamente sin decir una palabra, mientras sus cerebros intentaban dar sentido a lo que estaba pasando. Al cabo de este tiempo, la chica regresó al salón.

—¡Hola! Soy Amaranta, aunque supongo que ya lo sabías. Y tú eres Dani, ¿no?

—Sí… y ya solo nos queda saber qué haces en esta casa desde hace varias semanas.

—Os lo explicaré todo desde el principio. Hace ya veinte años que mis padres llegaron a este país sin conocer a nadie. Tenían poco dinero, no conocían el idioma, y echaban de menos a sus familias… solo se tenían el uno al otro. Tardaron bastante en encontrar un trabajo que les permitiera mantenerse y poder formar aquí su familia. Mientras buscaban trabajo, mi madre intentaba encontrar la mejor forma de economizar, y de alimentarse por poco dinero. Preguntando, preguntando, le dijeron que había una tienda donde la comida era bastante barata, y además tenía una sección de alimentos recién caducados, que podían comprar aún más baratos. Así que mi madre fue a hacer allí la compra y conoció a María, la señora que la regentaba. Se llevó una gran sorpresa al descubrir que la señora María era del mismo país que mis padres. Cuando le explicó su situación, María decidió cuidar de ellos. No solo les dejaba la comida más barata aún, sino que les ayudó a aprender español, les acompañó a hacer todos los papeleos que necesitaban, y les puso en contacto con el encargado de

un bar que enseguida les contrató, a mi padre de ayudante de cocina y a mi madre fregando platos. La señora María se convirtió en una segunda madre para ellos, y cuando fueron ascendiendo en el trabajo (mi padre llegó a ser el cocinero principal del bar, y mi madre pasó de fregadora a camarera y, por fin, a ser jefa de sala en cuanto mejoró su español) y yo nací, siguió ayudándoles, me cuidaba cuando mis padres tenían que trabajar hasta tarde, y encontró el local para que pudieran por fin poner su propio restaurante. Para mí, la señora María es como si fuera mi abuela, y la quiero tanto como a mis padres.

»Hace ya unos años que cerró la tienda y se jubiló, y poco después tuvo un ictus y se quedó en silla de ruedas. Fue muy duro para nosotros, pero lo superamos juntos toda la «familia»: mi madre, mi padre y yo, con María, y Alex, su hijo, que tiene cuarenta y dos años. Ellos tampoco tienen a nadie más, el padre de Alex les abandonó cuando él nació y se quedaron los dos solos hasta que conocieron a mis padres. Desde el ictus, intentábamos venir más a menudo a visitar a la señora María y a Alex, que siempre se ha encargado de cuidar a su madre, día y noche… hasta que todo cambió hace unas semanas.

»La policía detuvo a Alex. Le acusaron de robar un estanco, y está ahora en la cárcel. Y, de la noche a la mañana, la señora María se quedó sola. Mis padres tienen que trabajar en el restaurante, no tienen ayuda y, si uno no estuviera, el otro no podría con todo lo que hay que hacer, y si cerraran, no tendríamos dinero para comer… así que decidimos que lo mejor era que, de momento, me viniera yo a ayudar a la señora María. No podemos decir la verdad en el instituto, o denunciarían a mis padres a los servicios sociales por permitirme saltarme las clases, pero tampoco queremos mentir, por eso están evitando hablar con los profesores. Tanto mi padre como mi madre saben lo importante que es mi educación, pero en esta situación… bueno, creo que hay cosas más importantes que saltarme unas semanas de clases.

Olivia y Dani se quedaron unos momentos sin habla, intentando asimilar toda la nueva información. La señora María se les había unido mientras Amaranta contaba toda la historia, y ahora miraba a la chica con ternura desde su silla de ruedas. Finalmente, fue Olivia la primera que abrió la boca:

—Qué situación más difícil… entiendo perfectamente que hayas venido a ayudar a la señora María —dijo, mientras inclinaba la cabeza en señal de respeto a la mujer que, aunque por edad no era aún una anciana, las dificultades que había vivido y su enfermedad le hacían parecer mucho mayor. Esta le respondió con una sonrisa—. Y, la verdad, me parece muy irresponsable por parte de su hijo ponerse a robar, arriesgándose a tener que dejarla sola. ¿O es que necesitaban el dinero?

—¡Mi hijo no ha robado en su vida! —se indignó por primera vez la señora.

Amaranta intervino:

—No lo habéis entendido. A Alex le detuvieron y le han condenado por el robo del estanco, pero él es inocente, ¡ni siquiera estaba en el barrio cuando se cometió el robo! No es que les sobre el dinero, igual que a nosotros, pero tienen lo suficiente para vivir, y Alex es el mejor hombre del mundo y se desvive por su madre. Lo primero que hizo cuando le detuvieron y le metieron en el calabozo fue pedir su derecho a hacer una llamada para hablar con mi padre y pedirle que cuidáramos de ella.

—¡Pero entonces lo que hay que hacer es demostrar que Alex no tuvo nada que ver con el robo! Seguro que su abogado le puede ayudar —dijo por fin Dani.

—Tiene una abogada de oficio que no hizo absolutamente nada en el juicio. Mi madre estuvo intentando contactar con abogados privados para que apelen la sentencia, pero nadie quiere ayudarnos… y eso que tenemos dinero, ¿eh? Entre lo que tienen ahorrado mis padres y la señora María, podríamos pagar a un abogado… si no cobra mucho.

—No lo entiendo… ¿por qué no quieren ayudaros?

—Niña, ¿es que no lo ves? —dijo la señora María—. No solo somos extranjeros. ¡Somos negros! ¿Quién va a querer ayudar a una familia de africanos?

Dani y Olivia se miraron y, por fin, sonrieron.

—Creo que sabemos quién.

10. ¡Libertad!

Una semana más tarde, Odile se levantó hambrienta nada más anochecer. Sabía a qué zona de la ciudad iba a ir para procurarse la comida, porque no quería perderse la celebración, aunque no estuviera invitada.

Salió volando y, nada más llegar al barrio elegido, se procuró un bocado gracias a la «generosidad» de un señor de mediana edad que paseaba a su perro. Ella siempre tomaba solo un poco, lo suficiente para saciarse pero sin dejar a sus donantes demasiado perjudicados. Todos se sentían mejor después de tomar un sándwich o un plato caliente, y a ella le habían hecho un muy buen servicio.

Una vez hubo terminado con esta tarea urgente, volvió a emprender el vuelo para llegar a la siguiente manzana de casas, que ya conocía bastante bien. Aterrizó en un lateral del restaurante de los padres de Amaranta, junto a una ventana que daba al comedor y que Leo había dejado entornada un rato antes, con la excusa de que hacía mucho calor. Así su amiga tendría un lugar privilegiado desde el que observar la fiesta que estaba celebrándose dentro del restaurante.

Odile se asomó discretamente y pudo ver cómo en ese momento el padre de Amaranta se levantaba de la mesa a la que estaban todos sentados, con una copa en la mano.

—¡Quiero pedir un brindis!

—Papá, ¿cómo vas a hacer un brindis con agua? ¡Eso da mala suerte!

—Eso son tonterías, Amaranta. Si a mí no me gustan ni el alcohol ni los refrescos, ¿qué pasa? ¿Que tengo prohibido brindar?

—¡Claro que no! —le apoyó el padre de Leo—. ¡Cuando hay motivos para celebrar, hay que brindar, con agua, con vino o con lo que tengamos!

—Gracias, Pedro. Como iba diciendo, quiero brindar por los buenos amigos que hemos encontrado. Por Silvia, que gracias a que sus hijos Olivia y Daniel se lo pidieron, aceptó defender a Alex, apelar su sentencia, y consiguió demostrar que no había tenido nada que ver con el robo del estanco.

La aludida brindó con los demás, pero se sonrojó y quiso defenderse:

—En todos los años que llevo ejerciendo de abogada, he tenido pocos casos tan fáciles como este. Solo había que dedicarle un poco de tiempo para ver que no había ninguna prueba contra Alex, y que su coartada era fácilmente contrastable. ¡A esa hora estaba trabajando de albañil y tanto sus compañeros como el capataz pudieron confirmar que estaba con ellos!

Dio un cariñoso abrazo a Alex, mientras Abuya, el padre de Amaranta, continuaba:

—También quiero brindar por Laura y Pedro, un matrimonio excepcional, que se ofrecieron a ayudar, tanto aquí en el restaurante como cuidando de la señora María, para que estos últimos días en los que Alex seguía en la cárcel, Amaranta pudiera volver al instituto. Sin vuestra ayuda, no habríamos podido con todo.

Fue el turno de Laura de restar importancia a su papel:

—Nuestro hijo Leo estaba tan preocupado por Amaranta, que no podíamos hacer menos. A nosotros no nos cuesta mucho pe-

dirnos unos días de vacaciones, y sabíamos que lo de Alex se iba a resolver rápidamente.

Volvió a tomar la palabra Abuya:

—Y, por último, quiero brindar por esos niños maravillosos que tanto se han preocupado por mi hija. Por Leo, que por fin se encuentra mucho mejor y ha podido salir hoy por fin de casa para celebrar con nosotros.

—¡Viva la libertad! —gritó el chico, y todos rieron.

—Por Olivia, que fue quien llevó la parte física de esta «investigación». —Abuya guiñó un ojo a Leo—. Y su hermano Daniel, por haber puesto las ruedas que hacían falta para encontrar a mi pobre hijita secuestrada… es una pena que no hayan podido venir esta noche a celebrarlo con nosotros.

—Olivia tenía una cita muy importante que no podía retrasar, según me dijo —aclaró su madre, Silvia, mientras Leo sonreía, imaginando las explicaciones que tendría que estar dando Olivia en ese momento—. Y Dani se ofreció a llevarla.

—Bueno, espero que les transmitáis mi agradecimiento. Están invitados a comer en el restaurante cuando quieran. Y vuestra otra amiga también, Leo, espero que se lo digas a ambas cuando las veas en el instituto.

Silvia se quedó un poco extrañada:

—¿Vais al mismo instituto? Pero si nosotros vivimos en…

—¡Vamos a poner un poco de música, que ya han terminado los brindis! —cambió Leo de tema rápidamente.

Odile soltó una leve risita y salió volando de vuelta al cementerio, mientras oía de fondo una canción de David Bowie que sonaba por los altavoces del restaurante. Quizás esta habría sido la única oportunidad de que Leo y Olivia se conocieran en persona, pero no había podido ser y, en parte, los tres amigos estaban contentos por ello. Su amistad era más fuerte que nunca, y dos de ellos no se habían visto jamás ni habían hablado el uno con el otro así que,

¿qué necesidad había de cambiar? Quizá en el futuro se vieran algún día por casualidad, ¿quién sabe?

Unas horas después, cuando la fiesta estaba terminando y todos estaban bastante cansados (especialmente Pedro, que había estado bailando sin parar con la señora María, para lo cual tenía que dar vueltas alrededor de la silla mientras ella movía las ruedas de un lado a otro), Amaranta se acercó a Leo.

—Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por nosotros.

—Creo que tu padre ya lo ha hecho, de manera bastante pública.

—Sí, pero yo no. Y, aunque hayas estado estos días encerrado en casa por tu gripe, sé que todo lo que ha ocurrido ha sido gracias a ti. A que te has preocupado por mí, y has luchado por encontrarme cuando nadie más se tomaba en serio mi desaparición. Y, aunque te equivocaras y yo no estuviera secuestrada, la verdad es que si tú no hubieras intentado rescatarme, ahora no estaríamos todos aquí, ni Alex estaría en libertad y sin cargos.

—Te echaba de menos… las clases no son lo mismo sin ti.

Ya estaba amaneciendo, y la luz que se colaba por la ventana abierta iluminaba los negros rizos de Amaranta. Estaba más guapa que nunca. Abuya se acercó en ese momento. Miró a una y a otro, y dijo:

—Leo, esta celebración ha estado muy bien, pero queremos darte las gracias de forma más íntima. Mi hija me ha pedido que te invite a cenar mañana en el restaurante… bueno, esta noche, en realidad. —dijo cuando se dio cuenta de que ya estaba saliendo el sol—. Estaréis los dos solos en una mesa, para que podáis hablar tranquilamente.

Se apartó y les dejó solos. Leo miró a Amaranta, intentando preguntarle con los ojos, sin tener que usar palabras, si se trataba de una cita. Amaranta le sonreía, y se acercó a él. Le dio un beso en la mejilla y le susurró al oído:

—Te espero esta noche.

Índice

